

pasada guerra ondeó en sus almenas el pabellón español y se vieron poblados sus torreones de ecos castrenses, como en sus épocas de esplendor; tiene un cerco enorme de espesas murallas, siete torres fortísimas y cuadradas, caminos cubiertos que comunican con la ciudad y con la llamada Torre de Aragón, que alza su mole descomunal en un cerro cercano al castillo.

Dentro de su aspecto rudo y medieval, fué habitable y tiene cámaras que fueron albergue de hermosas castellanas, como la invicta Doña Blanca, Señora de Molina y de Mesa, hermana de la Reina María, y de apuestos caballeros de la corte. Conquistado a los árabes en 1129 por Alfonso «el Batallador», perteneció también al rey moro Aben Galvón, amigo del Cid, y fué hospedaje de éste cuando se dirigía a Valencia, según se dice en el *Poema*.

En torno a esta famosa fortaleza hay copiosa bibliografía histórica e interesantes leyendas. Restaurado con pocos gastos, pues se halla en buen estado de conservación, podría convertirse en notable museo y archivo históricos del célebre señorío de Molina, sede de los Laras, condado famoso por sus hazañas, su piedad y su fiero espíritu de independencia.

Este castillo es monumento nacional, y esperamos verlo incluido en los primeros proyectos de reconstrucción futura.

Si la Comisión nacional encargada de ello precisara de previos informes, podríamos suministrarlos: D. Claro Abanades, cronista de Molina; D. Francisco Layna Serra, académico y cronista de la provincia; D. Federico Bordejé Garcés, que es acaso la persona que más sabe de castillos y de arquitectura militar en España, y, modestamente, el autor de estas líneas, por ser molinés y haber estudiado a fondo la historia del señorío de Molina.

José SANZ Y DIAZ

